

pablo oyarzún

el rabo del ojo

UNIVERSIDAD
ARCIS

SOBRE *GESTAS POR PADECIMIENTOS*, DE JORGE ESTÉVEZ

Una economía rigurosa es la condición a que se someten los trabajos expuestos de Jorge Estévez. Salta ella a la vista, es evidente: lo dice la tríada iconográfica, el ascetismo binario del blanco y negro, la diluida plasticidad de la pincelada.

Esta economía, ese rigor, se deben a una cierta experiencia y a un cierto saber —o conjetura— que aquí quieren ser plasmados. Se trata de lo épico.

Pero lo épico puede ser plasmado de diferentes maneras. Se tiene, incluso, ideas hechas al respecto: se cree que se debe representar lo épico en el clímax del fragor, en la consumación heroica del esfuerzo y del sacrificio.

Aquí es distinto. Lo épico persiste como huella de sí mismo.

La economía de los medios y motivos suministra las coordenadas —si cabe que uno se exprese en esta forma— para delimitar y localizar esa huella.

En un cierto sentido, todo aquí se dispone en pares opuestos. Lo blanco y lo negro, el sur y el norte, el cielo y la tierra; abajo y arriba, agua y arena, vergel y desierto; la ciudad y el campo, lo divino y lo humano. Esa disposición obedece a la pauta fija y al ritmo preestablecido del contrarresto, propio de la lira popular. Es el pie forzado que Estévez se ha impuesto en su trabajo.

Pero hay diferencias. En el contrarresto del canto popular, la alternancia acordada de los contrarios promete un desenlace de reconciliación, como festejo de la sabiduría y la verdad, como anticipo de la gloria.

Ocurre de distinta suerte con el contrarresto que arma a estas pinturas. Pues en ellas todo recae, no en el juego tenso de los opuestos, sino en aquello que entre los opuestos cumple la función de medio; todo, en ellas, recae en los mediadores. Mediadores, los estanques, mediadora, la Virgen; mediadoras, las vacas.

La índole de esta intercesión es la del templo: recinto, ápice y abertura a lo sagrado, a lo salvo, lugar de recogimiento, de recolección del ser disperso. Templo, el estanque, templo la Virgen, templo la vaca.

Como tales mediadores, ninguno de ellos es una síntesis o un festejo. Más bien son los rastros discretísimos de la esperanza. Es peculiar de esta pintura ofrecer en su estrictez, casi, casi bajo especie de apariciones y de evanescencias ópticas —tal, su contrarresto foto-gráfico—, la impronta de las pequeñas ilusiones cotidianas.

Quizá por eso sea, más que las otras instancias de la tríada, la vaca —pervis-

tencia de lo pictórico nacional (piénsese en Pablo Burchard), e insistencia quizá de cierta vaca poética zuritiana (*Áreas Verdes*, en *Purgatorio*)— lo más decidor en la mudez de estas gestas: en la vaca, en la res, como res —y *res patiens*—, cuerpo liminar del padecimiento, vaca-Virgen y vaca-Cristo, yace la esperanza en espectro y en retardo.

Y quizá porque la mediación es aquí toda la zona de la gesta, quizá por eso sea el agua su elemento esencial. El agua es la esperanza, en tierra de sequías eternas.

Abril de 1990